

## OKITSU

Mi padre fue el carretero Okitsu. Estuvo sesenta años labrando ruedas. Era un maestro en aquel arte: hacía cada rueda con cabalidad, ni holgada ni estrecha sino suave para que entrara bien y dura para que quedara sujeta. Su delgado cuerpo parecía una viga de madera cruda y tenía enormes orejas como abanicos rizados que se abrieran a ambos lados de la cabeza. Siempre sonriente, siempre generoso, no necesitaba más que sus herramientas y la caricia lenta de su tabaco de vaina de soja. Su pecho no era, por tanto, como uno de esos que sólo entregan su secreto con la llave adecuada. Más bien al contrario, las palabras afloraban de su interior como un cortejo alborozado. Era un fantasioso, un encantador, un mentiroso incorregible ante el que nadie podía mencionar un suceso o una aventura sin que él explicara luego, con todo lujo de detalles y gran mímica, prodigios y experiencias inverosímiles. Sus labios temblaban de alegría a la vista de historias y de pleitos. Cuando, sentado junto a él sobre una cobertura de juncos, me notaba distraído, mirando con inocencia el mundo invisible y soñando cabalgar altas nubes, mi padre se hacía el sorprendido y me decía que estaba sentado en el aire, y yo entonces comprobaba asustado con las manos si aún estaba sentado en el suelo. O, dejando a un lado el martillo y el escoplo, me decía por ejemplo que las rocas son las raíces de las nubes, que el jugo de los melocotones de oro permite soñar en color, que el océano es un inmenso y misterioso animal que únicamente respira dos veces por día, que las carpas remontan el río para transformarse en dragón, que el musgo es la cortesía de los bosques, que la enigmática isla donde morábamos era verde porque mi pobre madre la había mirado de niña con sus ojos verdes, que un caballero que vivió hacía siglos se sentó en una silla armada con cuarenta y siete cohetes, dio orden a cuarenta y siete criados para que los encendieran al unísono, desapareció con la silla en un espesa nube de humo y no se le volvió a ver, que bañarse en las aguas de la luna suscita una fosforescencia en el cuerpo, que se vuelve reluciente por entero, brotando de la piel una albura incomparable, que hasta el tuétano de los

huesos parece reventar de luz y que las heridas que sobrevengan cicatrizan en forma de perlas. Yo escuchaba a mi padre embelesado, y él se derretía de dicha ante mis ojos abiertos como calderos de bronce por la exposición de sus ocurrencias. Años después aprendí que el silencio es más elocuente que el sonido, pero las palabras de mi padre siempre fueron para mí una de esas pródigas cajas de milagros: sus imágenes maravillosas y sus sencillos asombros removieron mi mente y mi corazón, cada hora de mi infancia, como la niebla matinal represada en un jardín, como mínimos aludes de talco que traspasaran los tejados de un templo. Su voz era sólida y suave a la vez, de mueble de buena madera, de un acabado grato que incita al tacto pese a sus rugosidades. Era fácil ser hijo suyo, imaginarme el reflejo joven del otro. Nunca rehuía mi presencia, nunca intentó imponerme el oficio. Pasaba días dichosos a su lado mientras él, locuaz, de continuo me enseñaba ciervos haciéndolos pasar por caballos, según la vieja sentencia. Al tiempo que crecía, que me estiraba como un retoño de bambú, ganduleaba sin cesar alrededor suyo, jugando en el taller entre toldos de carruaje, guarnicionerías, ballestas, tenazas, hierros de la región de Noto y jofainas remachadas a mano. Y ni siquiera cuando me balanceaba en un pescante desmontado, o derribaba ruedas apiladas y pesados mazos, me hacía merecedor de un buen coscorrón. Nunca se apagaban ni su benevolencia ni el fuego constante de su invención. Y labraba cada rueda con el fervor y la tranquilidad de los samuráis que paseaban por sus jardines tocando la flauta antes de la batalla. La herrería comenzaba a cantar ya bien de mañana, el ronco fuelle resoplaba a intervalos sobre las brasas, y los rítmicos y briosos sonos del martilleo competían en la fragua con la jovialidad de las voces paternas. Además de embaucar a todos con sus historias, a mi padre le gustaba la gravidez de las mujeres, los garbanzos tostados que tanto complacen a las viudas y escribir deseos y plegarias en cintas blancas que abrazan árboles.

Un día, reparé en el jardín trasero de la posada de aguas termales que se encontraba junto a nuestro taller y, sobre todo, en sus dos pinos rojos que asomaban incitantemente por

encima de la techumbre de paja, más allá de la valla tejida. Poco a poco, aquella visión comenzó a cortejarme, como cerezos en plena floración que esparcieran adrede, sobre mis sentidos, sus innumerables pétalos. Nuevo como el sol de cada mañana, iba descubriendo el alarde discreto de la naturaleza artificial, su esplendor menos transitorio que el nuestro: un jardín de piedra, una azalea que florece solitaria, un arbusto de miscanto, un ciruelo de flores encarnadas, todo dispuesto en torno a una planicie de grava blanca, rastrillada a la manera de olas, sobre la que se dejan caer unas hojas como señal de desorden, de vida, de minúsculo caos, mostrando la presencia de agua sin que haya agua, igual que las muchachas que exhiben su gracia dejan de ser hermosas. Todo comenzó a adoptar el aire propicio, jubiloso, del Festival de Kamo, en que hasta los postigos de las chozas se adornan con malvas, alegrando el alma. Y yo estudiaba los cercos de adelfas, las piedras de Kurama que delimitan los caminitos del jardín, las magnolias caídas como blancos barcos a la deriva, los lotos del estanque que se abren al amanecer con una detonación turgente, el melancólico gorjeo de los cuculillos que vuelan entre el reino de los vivos y el de los muertos, el bermellón de las hojas otoñales cubriendo la tierra, la lluvia que cae respetuosa, que traza livianas líneas con su lápiz de plata y percute en los cacillos de bienvenida. Hasta que tuve la convicción de que la existencia humana no era más preciosa que la de las plantas o los minerales. Llegué incluso a creer que sólo los hombres de antaño podían entender el calmo misterio de una noche de luna, de una madera olorosa, de una clavellina color yema infiltrado de violeta, de un largo rizoma de lirio extraído de las aguas fangosas. Tardé mucho en comprender que fui indulgente con mi propia pequeñez, que el verdadero misterio, el verdadero encanto, residen en la belleza de darse a los demás. Yo que tuve una acendrada disposición para el refinamiento, para indagar la naturaleza de las cosas en este mundo ilusorio, no quise ver que mi espíritu estaba imbuido de un secreto menosprecio por mi padre de orejas grandes, cuyos modales espontáneos, sin matices, acabaron pareciéndome bastos como un cobertor de cáñamo raído. Yo escribía con la

savía de una hierba mientras él labraba ruedas a golpe de martillo. Él me colmó siempre de atenciones mientras yo purgaba mi desconsideración con el único regalo de una fragante pera salvaje de la provincia de Shinano. Él carecía de la prudencia necesaria y tenía un aspecto descuidado, cuando no lastimoso, mientras yo era cortés en extremo y mostraba una apariencia distinguida. Por supuesto era él quien portaba la auténtica dignidad, la del suave rumor de una mampara deslizante al ser empujada, la del té batido con un agitador de bambú, la de una humilde pero pulcra y eficaz estera, la de la vida que pasa sin hacer ruido, la del amor inconmensurable hacia un hijo. No soy más que mi propia, nimia y atolondrada creación floral. No soy más que la flor que brotó, para apartarse, del tronco seco de mi padre. No soy más que la imperfección voluntaria que requiere un jardín, la impureza exquisita de un paisaje, la limitación, lo inacabado. A pesar de todo, él ha dormido a pierna suelta y tenido muchas horas felices, con sus herramientas, con su tabaco de hebra de soja y, sobre todo, metiéndole el diente a un buen tasajo de cuentos fabulosos, de deliciosas mentiras, de disparates, de cosas nunca vistas. Dulce es rendirse a quien no es enemigo. Soy un hombre insignificante, hierba del olvido. Soy el mar de la mente flotando entre rocas secas. No recuerdo si lo abracé con ternura y, si lo hice, no recuerdo si pronuncié palabra de gratitud o enarbolé el blasón de la piedad. Hay un alivio en esta incorrección, en la regularidad que se descose. Los sentimientos preciados, la luz humana, tienen al fin un respiradero. Mi padre me curó de la simetría. Mi padre, el carretero Okitsu, el forjador de ruedas, está ahí, encendida su cara, en el corazón de los troncos, bajo las piedras, entre la leve cascada. Añoro su presencia, que desprecié. Anhele su indulgencia, que no deseé. Mi padre, mi semejante. Mi padre, valiosa esencia del jardín, desinteresado granero, comienza a aflorar, y vuelve para enseñarme otra vez y me abraza con orgullo y sus labios tiemblan de alegría a la vista de nuevas historias.

ÁNGEL CABRERA OLGOSO